

De los libros prestados

Escribe: NELSON NICHOLLS SANTACOLOMA

¿Cuál es el venturoso que después de haber prestado un libro haya tenido alguna vez la suerte, si la tuvo, de volverlo a sus anaqueles sin necesidad de reclamarlo? Sobre este aspecto del variado mundo de los libros cada quien tiene alguna experiencia que contar. Don Luis Villagómez nos dice que las suyas de este tipo se conjugan todas en tiempo pasado, ninguna en presente y mucho menos en futuro. Si un autor merece que se le lea, también merece que se le compre, solía decir algún político español a quien por lo visto no favorecieron mucho sus relaciones con los curiosos lectores sus amigos. El libro, como reflejo de la personalidad de quien lo posee, tiene tal carácter de intransferible que no en balde ha llegado a decirse aquello de “dime qué lees y te diré quién eres” o esotro “de cuál libro leemos tal vida hacemos”. No resulta, pues, exagerado decir que quien se apropia el libro prestado arrebatata con ello, como si dijéramos, un poco y quien sabe si no será excesivo decir que un mucho de la personalidad de su dueño que así se ve desprovisto de un elemento de juicio para el conocimiento suyo ante los demás.

Pedir prestado un libro no constituye desde luego una falta que pueda llegar a determinar el rompimiento de una amistad, pero sí pone esa sencilla y simple formulación indudablemente una base firme para que ese rompimiento pueda ocurrir si el amigo que hace la solicitud no lleva el propósito decidido de devolver el libro a su dueño tan pronto como lo lea. No ocurre esto último con mucha frecuencia y hasta puede decirse que el pedir prestado un libro suele ser entre algunas personas solo un sutilísimo pretexto para declararlo como suyo. “El libro es nuestro mejor amigo. Nos acompaña lo mismo en la prosperidad que en la adversidad”, decía Enrique Heine, quien tal vez recordara lo del clásico español que dijo aquello de “Oh libros, guiones para bien vivir y centinelas para bien morir”. Todo lo soporta el libro hasta el mal trato. Solo una cosa hay que no nos perdona y es que lo prestemos. “Se fastidia tanto que ya nunca más vuelve a nuestra casa”, agregaba el poeta alemán.

Pequeñas y aun grandes bibliotecas particulares existen que se desintegrarían si sucediera que su circunstancial tenedor en cualquier momento se viera forzado a restituir los libros ajenos. Algunos casos pueden muy bien ser clasificados como patológicos. La cleptomanía tiene muy diversas manifestaciones y se ejerce sobre los más variados objetos. Otros casos quizá corresponden solo a una bien ingenua manera de aparentar curiosidad por determinados libros con fundamento en pasajeros intereses de partido o simplemente de grupo. El que haya una plena demostración de esa curiosidad ante algunos círculos suele ser para muchos más importante aún que la lectura misma o el conocimiento a fondo del famoso libro puesto en boga. No vale realmente la pena tomarse el trabajo de ir a la librería si ha de ser solo el librero el que haya de enterarse de esa curiosidad. Quienes piensan de esta manera no dudan un momento en asumir los riesgos que apareja tal peculiaridad, así sea a costa de perder un amigo por ganar un libro. En este orden de razonamientos caben muchos matices. Dentro de él pueden quedar clasificados los amigos del autor que reclaman a este un ejemplar de su libro, tal vez porque consideran que si lo compran exteriorizan menos el aprecio que le deben.

No obstante ser tan grande esa variedad de matices, don Luis Villagómez solo quiere analizar en esta oportunidad los diferentes motivos que mueven a muchos de nuestros relacionados a solicitar prestados los libros que hemos conseguido reunir en largo tiempo con tan amoroso cuidado. Ninguna otra manera de conspiración contra nuestros bienes es más grave que esta, dice don Luis con énfasis que podrá parecer exagerado a quienes no hayan hecho del libro una como entraña misma de su ser. De pronto, agrega el bibliófilo, nos sorprende la visita de un señor a quien no conocemos. Apenas hemos captado su nombre cuando nos enteramos de su propósito: un amigo nuestro le ha dicho que somos poseedores del libro en cuya búsqueda él ha empleado inútilmente muchos días. Lo necesito con mucha urgencia para consultar una serie de datos que me hacen falta con destino a un estudio sobre los orígenes de la guerra de los supremos en Colombia, nos dice el visitante mientras pensamos en su amigo que lo es nuestro también, el cual por salir garante apenas a medias en este negocio del préstamo del libro ha declinado el deber elemental de hacernos una presentación personal del interesado. La irregularidad del procedimiento no llega, con todo, hasta el extremo de inducirnos a juzgar con desconfianza al inesperado personaje. Sin embargo, cuando ponemos en sus manos el libro solicitado no lo hacemos sin recordar con amargura el pronóstico del poeta alemán.

Ocurrencias de la clase anterior nos relata don Luis Villagómez como suyas unas cuantas, entre las cuales la más notable es aquella del amigo de un su amigo que después de recibir de él en préstamo su ejemplar de la obra no reimpresa **Biografía de Salvador Córdoba** de Alejandro Mesa N. (Bogotá, Imprenta Nacional 1920) la devolvió al cabo de diez y seis años. Y no de buena manera, porque tuvo don Luis que ir hasta la casa de su circunstancial conocido, donde no solamente no fue invitado a seguir sino que, sin expresión ninguna de cortesía, le fue entregado el libro por persona distinta y en el portón. "Doy humildes gracias de todo corazón por el feliz regreso de este libro" dijo alguna vez Christopher Morley en

otro azar semejante. Experiencia fue esa capaz de poner término por sí sola a los más comprometedores requerimientos. Sin embargo, en esta clase de sucesos lo corriente es que quien ha caído una vez, caiga otras más. Fue así como don Luis Villagómez, no curado de aquella desagradable aventura, tuvo ánimo todavía para embarcarse en una cuyos perfiles igualan y aun supera por muchos aspectos a la ya dicha.

Sucedió que en vísperas de una Semana Santa concurrió hasta su casa un amigo periodista a quien había picado el deseo de presentar en su semanario una página con los pasos tan bellamente relatados de la pasión, debidos a la pluma inspirada de Gabriel Miró y que se encuentran en su libro **El humo dormido**. Sin escrúpulo alguno puso don Luis en manos de su amigo el tomo solicitado, séptimo de las obras completas del autor, edición de "Biblioteca Nueva de Madrid", casa que respondía con el prestigio de los sucesores de Rivadeneyra. Esa vez pasaron algunas semanas sin que el libro retornara a su dueño. La razón invocada para el préstamo era evidente. A manos del bibliófilo llegó un ejemplar del semanario correspondiente al número donde aparecían publicadas las **Tablas del calendario entre el humo dormido**. Un encuentro ocasional con el amigo periodista facilitó más tarde el reclamo espontáneo. ¡Qué pena! No he tenido tiempo de pasar por el libro que todavía debe estar en los talleres. La explicación resultaba injustificable. ¿De manera que quien logró salir airoso en su empeño de publicar la hermosa página que quería mediante el préstamo de aquel libro, pasadas varias semanas ni siquiera sabía donde se encontraba este? Era necesario apersonarse del asunto con un olvido total de las naturales aprensiones que el caso pudiera despertar. Sin pensarlo dos veces, dirigióse don Luis a los talleres del semanario. Después de vencer la resistencia de operarios que lo miraron en principio como a un intruso, pudo saber que el libro se encontraba guardado entre una gaveta. Franqueada esta, presentose a sus ojos un espectáculo que bien hubiera podido acabar allí mismo con su paciencia. Totalmente descuadernado, no podría decirse que reposaba sino que yacía en el fondo de la gaveta lo que quedaba de **El humo dormido**. No es difícil imaginar con cuánta desmedida turbación tomaría don Luis Villagómez en sus manos los restos de aquel inocente. Allí no paraba, con todo, su amargura. Después de compaginar los sueltos cuadernillos, pudo constatar que faltaba justamente el correspondiente a la parte aprovechada por su amigo el periodista. —Busque en la mesita de Rodríguez, el que levantó la página que usted dice—, oyó que le decía alguno de los operarios. Entre un pando cajoncito, con las huellas digitales de Rodríguez bien tomadas por la tinta de imprenta que casi borraba el texto de las páginas y con la desgarradura producida por el gancho del linotipista, encontró don Luis las hojas que faltaban de su libro. Inútil parece agregar aquí que después de tan duro trance, nuestro amigo bibliófilo ha preferido en materia de préstamo de libros a los amigos de sus amigos y a los suyos propios, aplicar la franca filosofía de ponerse una vez colorado y no pálido cien.

Por regla general, no es fácil encontrar al bibliófilo ubicado dentro del grupo de quienes logran obtener el libro por vías distintas a aquella de la compra, excepción hecha de lo que a él le llegue con carácter de obsequio. Y es que su manera de apreciar el libro está conformada con tales

trazas, que no le toma sabor, por decirlo así, a dos páginas leídas en tomo ajeno. ¿Cómo podría él más tarde, después de leído el libro que le ha causado interés, deleitarse en la jugosa relectura, en la contemplación de los escogidos caracteres, de los menudos detalles tipográficos que a otros escapan de un modo tan seguro? Por lo demás, el bibliófilo es ese raro espécimen que ha llegado a compenetrarse con el libro de una manera tan absorbente que no cabe duda haya sido escrito para él aquello de Richard de Bury: “¡Oh libros, los únicos generosos y libres; dais a quien pide y manumitís a quien, asiduo, se convirtió en vuestro esclavo!”.

No quisimos dar término a nuestra charla con don Luis Villagómez sin antes conocer su opinión sobre cómo se ha de defender quien quiera verse libre de ser requerido por segunda vez para que preste sus libros. Dice don Luis que tiene experimentado como sistema para tal fin, especialmente entre quienes no solicitan un libro determinado, el de prestar primero uno que se sepa ha de aburrir al solicitante, para lo cual estudia muy bien el interés de este en materia de lecturas. De esa manera y sin necesidad de parecer ofensivamente desconfiado, ha conseguido salvarse de muchos importunos que no han vuelto a pedirle prestado un libro porque consideran que todos los suyos son aburridos. Así, con negativa rotunda para los más avezados solicitantes y un modo bien sencillo para los simples, no ha tenido él necesidad de lamentarse de nuevo con Enrique Heine ni de regocijarse con Christopher Morley. El caso que vimos relatado por ahí de unos ingenieros que disputaban una vez sobre quién de ellos había cumplido la hazaña de leer completo *El Quijote*, hasta comprobar el que parecía ser el más ávido lector de qué modo y en qué circunstancias pudo “salir de eso”, resulta muy elocuente como norma de aplicación de aquel sistema practicado por don Luis. En el capítulo de los lectores aburridos suelen darse también las más espectaculares sorpresas.